

losófica se pueden encontrar los tintes personalistas y el método fenomenológico característicos de este círculo filosófico.

El libro —cuya edición inglesa es esmerada— está dividido en tres partes. La primera parte estudia la situación epistemológica de la filosofía de la religión. Tras presentar en el primer Capítulo una historia de esta disciplina filosófica, examina su relación con otras ciencias de la religión. De modo histórico-sistemático expone después una tipología de los distintos acercamientos filosóficos a la religión. Finalmente se decanta en el último Capítulo por un acercamiento metafísico. Desde esta perspectiva el objeto de la filosofía de la religión es «el hecho religioso en sí mismo, entendido como un modo particular de relación de la persona humana con una realidad no humana y trascendente» (p. 96).

En la segunda parte se intenta presentar de modo comprensivo el fenómeno religioso. Para ello, comienza estudiando el hecho de la experiencia religiosa y sus aspectos cognoscitivo y emotivo, así como la dimensión práctica de la religión. Son especialmente interesantes el Capítulo cuarto y quinto. En el cuarto Capítulo se estudia la experiencia religiosa en relación con otras experiencias humanas y, en concreto, con las experiencias de tipo cognoscitivo, moral y estético. El Capítulo siguiente se ocupa de la religión como una relación óntica. En él se presenta el acto religioso como una relación con una realidad trascendente. Este acto está enraizado en la insuficiencia óntica de la persona humana manifestada en la experiencia de sí en cuanto ser contingente. El lector de lengua castellana podrá encontrar en estas reflexiones ideas similares a las expuestas por Zubiri, filósofo al que, por otra parte, Zdybicka parece desconocer. Esta parte concluye

con la presentación de la religión en su aspecto socio-cultural.

En la tercera parte se afronta una interpretación filosófica de la religión. Para ello, se realiza en el primer Capítulo una discusión crítica de algunas teorías de la religión contemporáneas. El segundo Capítulo intenta penetrar en la esencia de la religión, que es definida como «relación real y dinámica del ser humano con un Absoluto personal del cual depende el ser humano en su existencia y actividad y que constituye el fin último del hombre, a cuya vida da sentido» (p. 273). Este Capítulo y el siguiente son también de sumo interés. En el tercer Capítulo se ofrece una explicación de la existencia de la religión tanto desde el mismo sujeto —atendiendo a su contingencia y a la realidad del hombre como *capax Dei*— como desde el aspecto objetivo —dada la existencia de un Absoluto personal y la participación en el ser—. Finaliza el libro subrayando el carácter personal de la religión.

Nos encontramos ante un libro que contiene un elaborado pensamiento filosófico, expuesto de modo sencillo y claro. Todo ello lo hace recomendable para quien se interese filosóficamente por la realidad de la religión.

F. Conesa

Eugene T. LONG (ed.), *Prospects for Natural Theology*, Catholic University of America Press («Studies in Philosophy and History of Philosophy», 25), Washington 1992, VIII + 242 pp., 16 x 23,5.

Tras el rechazo de la teología natural como consecuencia de la crisis provocada por las críticas de Hume y Kant, reeditadas en nuestros días por

los neopositivismos de distinto signo, asistimos en los últimos años a un renovado interés por esta disciplina filosófica. Fruto de este interés es el libro que presentamos, en el que se recogen las diversas conferencias tenidas en la Universidad de Carolina del Sur para conmemorar el centenario de las «Gifford Lectures». El director de las conferencias y editor del volumen, E. T. Long, ha sabido reunir filósofos de diversas tendencias (tomistas, filósofos del proceso, filósofos analíticos y hermenéuticos) con el fin de reflexionar acerca de la teología natural.

Como subraya Long, el interés suscitado por la teología natural desde la década de los sesenta se debe a diversos factores, entre los que cabe mencionar los siguientes. En primer lugar, se va abriendo paso en ámbitos filosóficos un concepto más amplio de experiencia, en el que tiene cabida la consideración de la experiencia religiosa. Junto a ello, se da un reconocimiento común de que el argumento que parte de la experiencia religiosa no contradice al modo de argumentar mediante vías, sino que lo complementa. Es importante también, la influencia del filósofo A. N. Whitehead, a quien sigue una generación de filósofos preocupados por temas metafísicos. A estas influencias hay que añadir otras propias de la filosofía continental, como las provenientes de la tradición existencialista y la fenomenología o las derivadas del neotomismo y el tomismo trascendental.

Los tres primeros ensayos intentan eliminar obstáculos y poner la base para una reconsideración de los argumentos de la existencia de Dios. K. Schmitz muestra que la concepción moderna de Dios ha sido muchas veces un obstáculo para entender los argumentos clásicos a favor de su existencia. J. Ross, filósofo católico que practica el análisis del lenguaje e interesado por la filosofía

medieval, subraya que una mejor comprensión del conocimiento ha conducido a entender mejor las pruebas de la existencia de Dios. Ya nadie exige —dice Ross— una demostración en sentido estricto como condición para que la certeza sea racional, pues somos conscientes de que este modo de demostración no se da ni siquiera en las matemáticas. También el filósofo calvinista G. I. Mavrodes reflexiona sobre la certeza y se pregunta por qué algunos filósofos como A. Plantinga y R. Swinburne renuncian a presentar demostraciones estrictas de la existencia de Dios. Para Mavrodes la razón de ello está en que estos filósofos consideran que una demostración estricta habría de partir de premisas universalmente aceptadas, lo cual es en la práctica imposible.

Los tres ensayos siguientes se centran en la teología natural y los límites del conocimiento. J. J. Kockelmans señala que, desde la perspectiva de la filosofía hermenéutica, la teología natural en el sentido de Wolff, Baumgarten y otros filósofos precríticos debe ser abandonada. Aun reconociendo la posibilidad de una ontología racional, el autor se inclina hacia una teología negativa. La contribución de F. Ferré —uno de los autores más interesantes de tradición analítica— parece responder a lo dicho por Kockelmans, ya que, estudiando la posición de Maimónides —caso paradigmático de teología negativa— Ferré destaca que incluso Maimónides encuentra fundamentos para realizar afirmaciones positivas tanto en la oración como en sus argumentaciones sobre la simplicidad divina. También J. D. Caputo critica la defensa de una teología absolutamente negativa —al estilo del teólogo francés Jean-Luc Marion— argumentando que no es posible evitar la mediación del lenguaje en teología.

El resto de contribuciones intenta realizar diversas aproximaciones a una

teología natural. Es de destacar el ensayo del jesuita W. N. Clarke, quien, desde la tradición tomista, expone una reconstrucción de los argumentos a favor de la existencia de Dios. Para B. L. Clarke —que sigue la línea de Whitehead, aunque con interpretación divergente a la realizada por los filósofos del proceso— el objeto de la teología natural sería proporcionar una descripción definida como respuesta a la pregunta «¿Quién es Dios?». N. Smart propone realizar una teología natural que sea sensible a la existencia de diversas visiones del mundo existentes y que, por otra parte, evite el relativismo. El editor del volumen, Long, intenta una aproximación empírica a la existencia de Dios. En el ensayo final, L. Dupré sostiene la necesidad de un acercamiento a la teología natural que esté liberado de las limitaciones impuestas por el racionalismo moderno. Se centra para ello, en el problema del mal, que es, según Dupré, un misterio trascendente, irreductible a un simple problema lógico.

La breve enumeración de filósofos y temas que hemos realizado es suficiente para darse cuenta de la importancia y valor de este volumen, especialmente para quienes no hayan renunciado a la reflexión racional sobre la existencia y naturaleza de Dios.

F. Conesa

James F. HARRIS (ed.), *Logic, God and Metaphysics*, Kluwer Academic Publishers («Studies in Philosophy and Religion», 15), Dordrecht 1992, IX + 151 pp., 16,5 x 24,5.

La reacción que en el ámbito de la filosofía angloamericana se produjo frente al positivismo lógico del Círculo

de Viena siguió diversos caminos. La primera reacción provino de la filosofía analítica, que opuso al principio verificacionista una concepción más flexible del significado y extendió un modo de filosofar atento primordialmente al análisis conceptual. Un camino distinto es el que siguieron autores como A. N. Whitehead (1861-1947) y N. Goodman, que, aun estando interesados por el análisis, entendieron que los problemas de la filosofía eran primordialmente metafísicos. Es especialmente importante la obra «Process and Reality» (1929), de Whitehead, que ha dado lugar a un pensamiento metafísico, la llamada *filosofía del proceso*.

La obra que presentamos tiene por objeto estudiar y exponer el pensamiento de Whitehead y es fruto de diversas colaboraciones presentadas en homenaje al profesor emérito de filosofía de la universidad de Georgia, Bowman L. Clarke. Este filósofo es conocido tanto por sus investigaciones sobre el lenguaje y la teología natural, como por sus contribuciones a la interpretación de Whitehead y al cálculo de individuales.

El Profesor Clarke ha realizado en sus escritos una interpretación de Whitehead diversa de la «oficial», representada por Charles Hartshorne, con el cual estudió. Para este último autor —así como para la filosofía del proceso— la divinidad sería según Whitehead un conjunto de entidades actuales en continua génesis (concrecencia) y cambio (transición). B. L. Clarke, por su parte, es el principal representante de la interpretación según la cual Dios es para Whitehead un ser singular, eterno, intemporal y actual.

La colección se abre con un artículo de Hartshorne en el que sostiene que la experiencia de Dios es primariamente estética. Los artículos siguientes critican la interpretación de Hartshorne y desarrollan la visión de Clarke. Así lo reali-